

El antifascismo latinoamericano: uso locales y continentales de un discurso europeo*

Andrés Bisso**

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo principal, el análisis de la recepción, en la práctica política latinoamericana, del discurso antifascista surgido originariamente en Europa.

Centrando la descripción histórica en el período más álgido de internacionalización de la disputa “fascismo-antifascismo” a nivel mundial, este artículo pretende dar luz sobre los usos con que los diferentes grupos latinoamericanos dotaron a la prédica antifascista.

Rastreado la potencialidad de la prédica antifascista como apelación tentadora en las campañas antidictatoriales que llevaban a cabo ciertos grupos democráticos latinoamericanos, el presente trabajo intenta analizar también la utilización de la misma como instrumento de presión

* Este artículo fue posible en el marco del proyecto de investigación “Recepción y usos del *antifascismo* como eje articulador de la práctica política de la ‘Unión Democrática’”, para cuyo desarrollo me fue otorgada una Beca de Iniciación de la Universidad Nacional de La Plata para el periodo 1999-2001. El proyecto es dirigido por el Dr. Alfredo Raúl Pucciarelli, co-dirigido por el Dr. Aníbal Viguera y tiene como lugar de trabajo el Centro de Investigaciones SocioHistóricas de la Facultad de Humanidades. Agradezco los comentarios de los dos referees anónimos del presente artículo.

** Profesor de Historia e Investigador de la Universidad Nacional de La Plata.

norteamericana para fortalecer su hegemonía política y económica sobre el continente durante el período de Segunda Guerra Mundial.

Al revelar la convivencia de mito y realidad en el discurso antifascista latinoamericano, el artículo busca romper con ciertas visiones idealizadas que suelen circular sobre el antifascismo e intenta colocar a dicha apelación como una forma política de promoción de intereses locales y continentales concretos.

Abstract

The present article has as main purpose, the analysis of the reception of the antifascist speech on Latin American political practices.

This article brings into historical focus, the most intense period of “fascism-antifascism” dispute in the world, and explains the uses that different groups in Latin America gave to the antifascist appeal in that time.

This description tries to check into the potentiality and tempting use of the antifascist appeal by Latin American democratic groups, but also as a pressure instrument of the political and economic hegemony of the United States all over the continent.

The cohabitation of myth and reality on the Latin American antifascist appeal reveals its use as a political tool that promoted local and continental interests, in spite of its own idealistic interpretation. En 1922 Mussolini realizaba su “marcha sobre Roma” y si bien los diarios latinoamericanos se hacían eco de este suceso, el mismo todavía no despertaba grandes repercusiones en los países de América Latina. En parte, esto era debido a que las características que definirían de manera singular al régimen del Duce y que lo diferenciarían del típico estado llamado “reaccionario”, todavía no habían sido percibidas.

El carácter del fascismo comenzó de una manera difusa, tanto que un año antes de la toma del poder por este grupo, un pensador agudo como el peruano José Carlos Mariátegui, no podía imaginarse un futuro partido

fascista sino como un lugar donde se “congregarían los elementos dispersos, sin filiación y sin vínculos anteriores, atraídos a su órbita por su retórica nacionalista, sonora y marcial” (Mariátegui; 1986: 161). Los países latinoamericanos en donde más repercutieron las primeras noticias sobre el nuevo régimen fueron, como era de preverse, aquellos en los que la colectividad inmigratoria italiana era muy importante, tal el caso de la Argentina¹.

El posterior desarrollo de los hechos durante la década del '20, irá ampliando la resonancia de la situación política italiana en el mundo. El asesinato del senador socialista Giacomo Matteotti y la presentación de las leyes fascistísimas en el marco del “Estado total” serán algunos de los hechos que singularicen al fascismo como fenómeno político. Los emigrados políticos italianos comenzarán a llevar la prédica antifascista por los diferentes países del mundo, preferentemente a Francia, donde cerca de un millón de disidentes se establecerán y donde se concentrará la mayor actividad política del movimiento (Droz; 1985: 25-72). Italia ya se estaba convirtiendo en una novedad que, según algunos debía ser combatida y según otros, debía ser aplaudida como la anticipadora de un nuevo futuro promisorio.

A pesar de la creciente resonancia de Mussolini en el mundo, los demócratas latinoamericanos todavía no daban a declararse antifascistas. Si bien veían en la causa de los emigrados políticos italianos una causa “amiga”, de ninguna manera la podían calificar todavía como “propia”. Para que ello ocurriera, tanto el fascismo como su par opuesto, el antifascismo, debían internacionalizarse, y convertirse en referentes que pudieran ser utilizados en las discusiones entre adversarios locales en los países fuera de Europa. Adolf Hitler dará el paso decisivo en la “internacionalización” del fascismo cuando convierta a una potencia

¹ En 1927 vivían en la Argentina aproximadamente 1. 800. 000 italianos, casi el 18% de la población (Newton; 1995: 34). En Brasil también existía una gran colonia italiana, pero su influencia en la vida política del país era mucho menor que en la Argentina. La repercusión fuerte del fascismo en Brasil comenzará a darse en los años

mundial como Alemania, en la receptora de la nueva ideología totalitaria. De esta forma, la idea de ciertos dirigentes, tanto de la II como de la III Internacional que no creían en la posibilidad de que un país desarrollado pudiera ser alcanzado por este tipo de regímenes, quedaría totalmente descartada².

Como correlato de la “internacionalización” del fascismo, Georgi Dimitrov, en su discurso de 1935 en el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, será el decisivo “internacionalizador” del antifascismo al proclamar y popularizar la idea de la necesidad de Frentes Únicos y Populares en todo el mundo para luchar frente a Hitler y Mussolini y contra cualquier posible nuevo representante de la “dictadura terrorista descarada de los elementos más reaccionario, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero” (Dimitrov; 1974: 9) que significaba el fascismo. Entendido como dictadura, el fascismo parecía reproducirse en todos lados y su utilización como enemigo comenzaba a ser, ya desde la proclama de Dimitrov, no sólo multivalente, sino incluso hasta paradójica. Así lo muestra esta opinión de Dimitrov sobre el “fascismo” norteamericano:

“El incipiente fascismo norteamericano, consiste en que, en la fase actual, actúa predominantemente *en forma de oposición al fascismo*, considerándolo como una corriente ‘no americana’ (...) A diferencia del

30's y más por cuestiones de interés italiano en los hechos políticos brasileños que por razones de participación de la colectividad italiana (Silva Seintenfus; 1984).

² Uno de los dirigentes socialdemócratas que creía esto, era el belga Émile Vandervelde quien reducía los límites del fascismo al sur de Europa, por considerar que esta región, al ser la más atrasada del continente, debía tener un gobierno que evidenciara ese atraso económico. Así, hacia 1931 Vandervelde decía que había una línea “de desarrollo” entre Kaunas, ciudad de la actual Lituania y Bilbao, ciudad en el norte de España. Al norte de esa línea imaginaria había que hablar de caballos de fuerza y democracia y al sur de la misma, de caballo de tiro y dictadura (Droz; 1985: 18-19). Los dirigentes de la III Internacional cometerían el mismo error, ya que como diría Dimitrov: “existía en otro tiempo en nuestros partidos puntos de vista del género ‘Alemania no es Italia’; dicho de otro modo: el fascismo ha podido vencer en Italia, pero su victoria es imposible en Alemania, país altamente desarrollado en cuanto a la industria, altamente cultivado, con tradiciones de cuarenta años de movimiento obrero, país donde el fascismo es imposible” (Poulantzas; 1984: 31).

fascismo alemán, (...) el fascismo norteamericano intenta presentarse como paladín de la Constitución y la ‘democracia americana’” (Dimitrov; 1974: 58. *Cursivas mías*).

Así, comenzarían a diferenciarse los “verdaderos” antifascistas de aquellos que solamente enunciaban que no lo eran. Esta diferenciación tendrá gran utilidad para los comunistas en momentos del Pacto nazi-soviético de No Agresión de 1939, durante el cual los comunistas intentarían seguir mostrándose antifascistas, al reivindicarse alejados tanto del “fascismo” totalitario como del “fascismo” democrático. En América, la posición de la Unión Soviética también sería alabada por algunos, como el brasileño Brasil Gerson, por ser una muestra de “antifascismo estratégico”, ya que el Pacto, “que no hay que confundir un pacto de no agresión con una alianza” era “una gran e indiscutible victoria de la Unión Soviética contra los enemigos del pueblo trabajador y de los países semicoloniales, como los de Sudamérica: contra el imperialismo tradicional de la City y de las doscientas familias francesas”³.

A causa de la plasticidad de la definición del “fascismo”, en los países latinoamericanos los Frentes Populares se pensaron para hostigar a las dictaduras o regímenes fraudulentos nacionales más que para resistir el avance del “fascismo” real. En muchos casos, la idea de Frentes Populares llegaba a darse sin una participación comunista formal, como en el caso argentino. En la Argentina, el primer paso hacia la formación de un Frente Popular, se dio entre los llamados partidos “democráticos” (Unión Cívica Radical, Partido Demócrata Progresista y Partido Socialista) que celebraron un acto conjunto el 1º de mayo de 1936. A pesar de ello, la influencia de Dimitrov en la idea del Frente Popular Antifascista fue más allá de los comunistas, ya que la mayoría de los miembros de estas uniones, aunque no querían hacer partícipe de la unión antifascista al comunismo, no dejaban de recordar que la idea de Frente Popular había

³ *La Vanguardia*, 31 de agosto de 1939, p. 8.

sido, en primer lugar, de inspiración comunista⁴. Esta idea sirvió también para que los opositores al Frente Popular, o simplemente algunos grupos que quedaban fuera de él, lo mostraran como una mera maniobra “comunizante”.

El caso de Colombia, a diferencia del anterior, muestra que un Frente Popular latinoamericano también podía incluir de manera importante a los comunistas, tal como lo demuestra el acercamiento que se dará entre liberales y comunistas en ese país, de donde surgirá la Confederación de Trabajadores de Colombia. También muestra que un movimiento de este tipo podía servir para intentar fortalecer a un gobierno en vez de para oponerse a él. Será el caso de la primera presidencia de Alfonso López Pumarejo que gozará del apoyo de los comunistas. La relación entre liberales y comunistas en Colombia, se quebrará en agosto de 1939 con motivo del pacto Hitler-Stalin, para ser recomenzada en diciembre de 1941, a causa de la entrada de los soviéticos en el campo aliado. De esa manera, el segundo mandato de López Pumarejo, entre 1942 y 1945 los volverá a encontrar unidos (Pla; 1969: 150).

Más allá de sus diferencias locales, lo que ratifican los dos casos, es que más que para oponerse al fascismo como fenómeno real en los países latinoamericanos, los Frentes Populares sirvieron para articular pactos entre organizaciones de distintas tendencias, que aunque siempre bajo el signo de la “Democracia”, variaban sobremanera en sus metas e intereses políticos. La idea de Frente Popular en la década del 30, articulada bajo la apelación antifascista, operaba en Latinoamérica para determinar un campo “progresista” que buscara incluir a todos los sectores opuestos a la alternativa de gobiernos militares o de fuerza.

⁴ A pesar de señalar los socialistas argentinos la imposibilidad de que el Partido Comunista, por no ser “democrático”, pudiera participar en ese Frente Popular, los dirigentes de aquel partido, como Rubinstein, no dudaban en señalar que el “origen del frente popular (surgió) como consigna después del último congreso internacional comunista, donde Dimitroff sugirió que el comunismo debía abandonar la propaganda de paparruchas como ‘la dictadura del proletariado’”. *La Vanguardia*, 30 de junio de 1936, p. 1.

El antifascismo latinoamericano en torno a la Guerra Civil española (julio de 1936- marzo de 1939)

De cualquier manera, la idea sola de Frentes Populares no era del todo suficiente para conformar la idea de “comunidad antifascista” nacional a la que aspiraban liberales, socialistas y demócratas latinoamericanos. Su alcance estaba demasiado ligado a procedimientos electorales o cortoplacistas y su carácter seguía siendo el de ser, en palabras del líder socialista de Chile, Marmaduke Grove, “una *alianza transitoria* de los partidos de avanzada, para vencer a la reacción entronizada en el poder”⁵. Cumplido el primer paso, el de internacionalización de esa guerra ideológica y de estructuración de frentes partidarios, los dirigentes democráticos latinoamericanos necesitaban un refuerzo más para hacer sentir como “propia” en la opinión pública latinoamericana, esa disyuntiva fascismo-antifascismo nacida en Europa. Era necesario un estímulo que presentara al antifascismo en sus términos más “idealistas”, que como los sintetizaba el poeta peruano César Vallejos, debían ser los que entendieran al antifascismo como un “ideal universal (que) anima y mancomuniza a todos los sectores (...): el ideal republicano, la pasión por la democracia” (Schneider, 1978: 60). Era necesario un ideal que se expresase por sobre los partidos políticos. Ese refuerzo decisivo lo dará la Guerra Civil española.

Comenzada el 18 de julio de 1936, momento en que Franco se subleva contra las autoridades de la República, la explosión de la Guerra Civil española dotará a la apelación antifascista de una utilidad y capacidad tentadora inigualable hasta el momento. Con ella, no sólo la posibilidad de explosión del fascismo en cualquier lugar del mundo parecía cada vez más clara para los latinoamericanos sino que, a través del carácter que fue tomando la defensa de la República Española, se dotaba al antifascismo de un barniz épico y “romántico” a la vez, que servía para desmentir cualquier intención partidista en dicha causa.

⁵ *Revista socialista*, abril de 1939, p. 307. Cursivas mías.

España para Latinoamérica no era “cualquier” otro país, y la opinión pública “demócrata” sentía que la lucha republicana de España infundiría “fe a los pueblos apocados y devolver(í)a a todos los países de América el esplendor democrático eclipsado pero no extinguido”⁶. La lucha por la Libertad en España parecía ser también la lucha por la libertad latinoamericana.

La Guerra Civil española fue central en transmitir los ecos de la disputa “fascismo-antifascismo” a Latinoamérica. Los latinoamericanos vieron esta guerra “a través de un prisma con sus propios problemas internos, que desde numerosos aspectos se asemejaban a los problemas a los que se enfrentaba España en los años treinta” (Rein, 1995: 31) y por tanto, la suerte de España parecía atada a la de ellos. De allí que el antifascismo español hiciera carne entre la población local que sentía la situación española unida a la historia latinoamericana. En muchos casos, el apoyo a las fuerzas republicanas gozaba de una unanimidad casi total. En Cuba, por ejemplo, las mismas fuentes franquistas estimaban que más del 95% de la sociedad cubana era contraria a su causa (Pardo Sanz; 1995: 25). La actitud antifranquista de la sociedad fue correspondida por la del gobierno de la isla, presidido por Federico Laredo Bru y liderado por Fulgencio Batista, quien desde 1937 venía acercándose al México de Cárdenas y a los republicanos españoles. Ya desde estas líneas podemos presuponer la maleabilidad que el concepto “fascista” tendrá a lo largo de la historia latinoamericana. Luego de la revolución cubana, aquel “democrático” Batista, terminará siendo convertido en el mayor enemigo “fascista” por parte de los seguidores de Fidel Castro.

En México, el de Lázaro Cárdenas fue el gobierno más visiblemente cercano a los republicanos españoles y quien estuvo cerca de ellos hasta los últimos momentos, con la política de recibimiento de refugiados españoles más amplia que existió. Los historiadores Pierre Broué y Émile Témime al comparar la política de refugiados mexicana con las de otros países antes catalogados “amigos” de la causa republicana como Francia, Rusia, y Estados Unidos, declaran que las de estos últimos fueron “acogimientos difíciles, interesados o malévulos (que) no hacen sino resaltar más la buena voluntad y la generosidad de que dio pruebas el gobierno mexicano, que abrió sus fronteras, libremente, a todos los que desearan encontrar refugio en el país” (Broué y Témime; 1962: 274).

Otro de los gobiernos “amigos de España” fue el del Frente Popular en Chile, dirigido por Pedro Aguirre Cerdá que desde su asunción en 1938, estuvo a favor de los republicanos españoles. Sin embargo, un personaje muy conocido de dicho gobierno fue acusado por algunos republicanos por

⁶ “Mensaje solidario de intelectuales y políticos argentinos al pueblo español”, *España Republicana*, 29 de agosto de 1936, p. 11.

estar encargado de dificultar el acceso de refugiados españoles, que no fuesen comunistas, a Chile. El nombre de dicho personaje es Pablo Neruda al que se le acuso de realizar una tarea “inicua” y del que se dijo, que estuvo “lamentablemente equivocado por parte del Frente Popular el delegar tan delicada y humanitaria misión en el señor Neruda”⁷. Así, el autor de versos tan puros como “allí desde Madrid llegaron hombres de corazón dorado por la pólvora como un pan de ceniza y resistencia” (Neruda; 1972: 252) no podía estar exento de las disputas internas y de la controversia política de ese campo “antifascista” que intentaba mostrarse en la unidad total por la defensa del único ideal que importaba, el de vencer al fascismo, pero que difícilmente lo lograba, incluso en casos delicados, como el referido a políticas humanitarias⁸.

En otros países, como la Argentina, la actitud de los gobiernos ante la Guerra Civil Española fue de una neutralidad, que si bien en el plano internacional conservaba una aproximada equidistancia, en el plano interno servía para neutralizar el celo con que los “demócratas” militaban por la defensa de la República y evitar cualquier movilización política que por “contrabando” pudiera utilizar el tema español para atacar la legitimidad del régimen local, que en el caso de la Argentina, estaba parado sobre las bases de la fraudulencia electoral. De cualquier manera, externa o interna, los sectores “democráticos” argentinos que estaban en la oposición veían la neutralidad como una forma de connivencia con los “rebeldes” franquistas. La idea de la neutralidad “tendenciosa” del gobierno era constantemente señalada durante la Guerra Civil española por los grupos opositores argentinos que deseaban terminar con el fraude. Cada acto del gobierno en materia externa servía para señalar que “nuestro gobierno no sabe cómo hacer para demostrar su fobia antirepublicana en los asuntos españoles”⁹. Así, la prédica antifascista fue una herramienta espléndida para los opositores al conservadurismo argentino, ya que a través de ella, supieron realizar una concordancia entre el régimen conservador local, de origen fraudulento, y el nazifascismo y franquismo europeos que atacaban la república legal en España. En realidad, una unión entre fascistas europeos y conservadores argentinos era increíble en términos formales, pero resultaba atractiva en términos de generación de cohesión y de mito movilizador en torno a los partidos opositores. Al advertir la polarización fundamental que comienza a darse entre el progreso democrático y la reacción fascista, se tomará como constante *leit-motiv* durante la Guerra Civil española, la imagen de dos polos totalmente opuestos, uno encarnado por “hombres que

⁷ *Timón*, noviembre de 1939, p. 138.

⁸ Pareciera ser, en muchos casos, que el aspecto ideológico es el que menos tiene que ver en las políticas de refugiados. En el caso argentino, las políticas reales de acogida a refugiados republicanos españoles, aunque escasas, estuvieron a cargo del poder ejecutivo dominado por los conservadores, reputado como el sector “antidemocrático”, frente a la relativa pasividad del grupo “democrático” de parlamentarios radicales y socialistas. (Senkman; 1995)

⁹ *La Vanguardia*, 18 de octubre de 1936, p. 1.

aman- casi diría por instinto- la razón y la libertad” y otro formado por la “eterna y mansa grey que (...) ha hecho con sus propios cuerpos el pedestal de los tiranos” (Moreau de Justo; 1938: 27). En cada una de las disputas se advertía la existencia de dos bandos homogéneos internamente e irreconciliables entre sí, en Argentina y el mundo, ya que no se podía para los grupos opositores, “ser demócrata en su propio país y fascista internacional”¹⁰. El mundo para los antifascistas estaba dividido en dos partes intocables. De allí, que la constante referencia a las “dos Españas”¹¹ siempre remitía indirectamente a la imagen de una oposición argentina democrática frente a un régimen fraudulento que, en tanto defendía causas antidemocráticas, era cómplice de las masacres de Oviedo o Guernica. Las manifestaciones acerca de la Guerra Civil española se volvieron rápidamente, una alternativa de movilización popular en varios de los países latinoamericanos en los cuales la expresión de la opinión popular se dificultaba por desinterés en la política local y/o por decidida represión gubernamental. En Perú, la agitación popular realizada por el aprismo, considerado ilegal, se dará sobre todo para denunciar las relaciones entre la Italia fascista y el gobierno local y dictatorial de Oscar Benavídes. Acusando a Benavídes de fascista y de amigo de aquellas fuerzas que intervenían a favor del franquismo y que habían invadido Etiopía, el aprismo de Víctor Raúl Haya de la Torre intentará que la denuncia de penetración italiana y luego nazi en el Perú, sirviese para generar un polo democrático, que con el visto bueno de Estados Unidos, procure desplazar a Benavídes y consagre la mayoría popular del aprismo, imposible de expresarse en esos momentos a través de las urnas (Ciccarelli; 1990).

Otro gobierno que será anatemizado con el rótulo de connivencia con los franquistas será el del Uruguay, liderado por Gabriel Terra, cuando rompa relaciones con la República Española debido al asesinato en territorio leal de las hermanas del vicecónsul de aquel país. En ese caso, los sectores demócratas dudarán de la “precipitación con que las autoridades uruguayas asumieron, frente al gobierno leal de España , una

¹⁰ Frase perteneciente al diputado socialista Enrique Dickmann, quien agregaba que: “no se puede defender la legalidad y la constitucionalidad dentro de su propio territorio y mirar como se pisotea la legalidad y la constitucionalidad en otros países” (Goldar; 1986: 148).

¹¹ “Están en pugna, pues, dos clases de hombres, dos regímenes, dos métodos, dos morales. Y el porvenir de España dependerá del resultado de esa lucha a muerte (...) La España nueva, la republicana, la que había emprendido un camino glorioso hacia la civilización integral, triunfará sobre la España negra, retardataria, desleal”. *La Vanguardia*, 25 de julio de 1936, p. 1.

actitud que, de acuerdo a los procedimientos normales (...) requiere de una serie de informaciones oficiales”¹².

Cuando las “suspicias” frente a la neutralidad de los gobiernos se volvían difíciles de sostener por los partidos “progresistas” era en el caso de Francia. ¿Cómo sostener que toda neutralidad es criminal cuando es el gobierno del Frente Popular francés el que la llevaba especialmente a cabo?, ¿cómo atacar a los gobiernos conservadores locales por negarse a encabezar una encendida defensa de la República Española, cuando ni el mismísimo Frente Popular francés estaba dispuesto a hacerlo? Una de las formas de justificación fue la de ligar la decisión de neutralidad con la potencia con la que Francia no quería enemistarse para no romper el bloque “democrático” europeo: Inglaterra. Se condenaba la política inglesa por su pasividad cómplice¹³ y continuamente se citaba la movilización de los laboristas ingleses en la oposición, a favor de los leales en España.

Con todo, las justificaciones a la neutralidad francesa por parte de los antifascistas se harán cada vez más agriamente, sobre todo a partir del pacto de Munich. Y lo que al principio era presentado en función de servicio a la paz, luego será justificado mediante el argumento de que no quedaba otra cosa por hacer. Poco a poco, los gobiernos que más encendidamente habían apoyado a la España republicana, el México de Lázaro Cárdenas y el Chile de Arturo Alessandri (1932-1938) y de Aguirre Cerdá (1938-1941), no podían más que mostrar su desaliento frente a la política de no-intervención francobritánica (Rolland; 1975: 48) . El comité de no intervención a la guerra de España, será denostado crecientemente por los antifascistas del mundo, con tanta fuerza como se había denostado al franquismo. Como ejemplo de esto, podemos ver los

¹² *La Vanguardia*, 24 de septiembre, p. 1.

¹³ Pasividad inglesa que se explicaba para el escritor Enrique Anderson Imbert de esta forma: “¿Qué importancia tiene España? Para nosotros, hijos de ella, y, además, solidarios con la república y la causa popular, sí tiene mucha. Pero instalémonos, por ejemplo, en las islas británicas. Para esa visión insular, de piratas pacíficos y satisfechos, ¿qué importancia tiene España?” . *Revista Socialista*, febrero de 1939, p. 96.

numerosos ataques del humorista antifascista y emigrado alemán Clément Moreau, seudónimo de Carl Meffert, en los diarios de Colombia y Argentina contra la política de No Intervención en España. Muchos dibujos muestran a unos despreocupados diplomáticos ingleses y franceses, sobre una montaña de cadáveres de españoles, limitándose únicamente a *protestar* (Moreau; 1978).

El antifascismo latinoamericano de la doble decepción de la derrota republicana española y del pacto nazisoviético a la explosión de la Segunda Guerra Mundial (Marzo de 1939 a septiembre de 1939)

La derrota de los republicanos en marzo de 1939 extendió en América, entre los mismos “demócratas”, la idea de debilidad de la democracia y decadencia de la civilización en Europa. Y al no poder ser más España, ahora franquista, el punto de referencia de una nueva civilización, el iberoamericanismo republicano se irá transformando en una creciente valoración de América como nuevo umbral de la civilización¹⁴. Los demócratas llegaban a cuestionar la misma idea de que Europa haya sido alguna vez un continente civilizado, diciendo: “se han escrito filosofías, literaturas, para demostrarnos que Europa es el continente más civilizado de la tierra. Y no lo hemos conocido nunca en la paz”¹⁵. Desde esa nueva concepción se gestará una difusa concepción americanista, pendulante entre un panamericanismo que aceptaba el liderazgo norteamericano y un latinoamericanismo que intentaba remedar el proyecto bolivariano. Los límites difusos entre estas dos posturas durante la Guerra Civil española y la época de neutralidad norteamericana se volverán más rígidos cuando embarcados en la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos busquen

¹⁴ “América (...) -es ya- el factotum al cual no podrá perderselo de vista, por aquello de ser el desideratum de la cultura que ella, América, irradiará con magnitud universal. Y con esto tendremos **una nueva forma del mundo**”. *Revista Socialista*, marzo de 1939, p. 210. Negrita en el original.

¹⁵ *La Vanguardia*, 4 de septiembre de 1939, p7.

propiciar en el panamericanismo un cierre de filas incondicional a su política, no sólo bélica sino también económica. El antifascismo se volverá así, fuente de tensiones en la política de los países latinoamericanos frente a EEUU.

A la desazón por Europa se sumará la decepción que en los ámbitos democráticos latinoamericanos generaba el pacto de no Agresión nazi-soviético. Los “demócratas” latinoamericanos, abjurando de Stalin, se acercarán cada vez más a la figura Roosevelt. Será una propuesta americana surgida del gobierno argentino, la que provoque la expulsión de la Unión Soviética de la, ya en decadencia, Sociedad de Naciones. Los mismos socialistas de Chile, partícipes del Frente Popular junto con los comunistas, no se engañaran de los fines últimos de ese pacto: “Este pacto fortalece las pretensiones internacionales del fascismo (y) fue firmado para repartirse Polonia entre Hitler y Stalin”¹⁶. Estados Unidos parecía ser el único resguardo a la guerra en América.

El antifascismo latinoamericano durante la era de neutralidad continental (Septiembre de 1939- Diciembre de 1941)

La explosión de la Segunda Guerra, el 1º de septiembre de 1939, a causa de la invasión nazi a Polonia, comienza un nuevo tiempo entre los demócratas antifascistas, ya que, sin dejar de seguir viendo a Europa como una civilización decadente, las muestras de viva simpatía por los aliados Francia e Inglaterra reavivan una actitud militantemente antinazi. Incluso, se llega a advertir en ciertos “demócratas liberales”, una reconciliación total con los aliados, que llega a mostrarlos como las únicas naciones dispuestas a sacrificarse por el bien del mundo. El argentino Julio Noble dirá, en tono provocativo e irónico:

“es necesario salvar la civilización amenazada pero que lo hagan Francia e Inglaterra. Si hay que derramar sangre para lograrlo que ella sea francesa o inglesa. Tales parecen ser las consignas que no se confiesan (...) lo que más entristece es comprobar que los países americanos son los campeones de este nuevo derecho internacional (...) Mr. Welles parece más que un misionero de paz, un viajante del comercio preocupado por sus clientes” (Noble; 1940: 3).

¹⁶ *Revista Socialista*, septiembre de 1939, p. 394.

Sin embargo, a pesar de algunos tonos enfurecidamente pro-aliados, la mayoría de los “demócratas” todavía creía en la necesidad de una neutralidad americana. Sabían que ella estaba en gran medida supeditada a la neutralidad norteamericana que iba a impedir que la guerra se trasladase al Nuevo Mundo. En diciembre de 1939 con la batalla del Río de la Plata, en la cual la flota inglesa hundió al acorazado alemán *Graf Spee*, la idea de que la neutralidad impedía la extensión de la contienda a otras partes del globo quedó anulada. La caída en manos nazis de países neutrales como Noruega, Dinamarca, Bélgica y Holanda, agregaba a los “demócratas” americanos la creciente sensación de que cada país podía ser infectado por “un cáncer nazi en pleno corazón” (Tejera; 1938) a través de la acción de quintas columnas. Esta idea de la quinta columna venía sirviendo ya desde antes para hacer política interna y atacar a grupos locales opuestos mediante la acusación de “fascistizados”. En 1938, el comunista argentino Ernesto Giudici (1938: 59) decía: “En América del sur, todas las oligarquías están fascistizadas”. Así, seguían sumándose a las preocupaciones de defensa nacional, otro tipo de intereses que se nutrían del clima ideológico mundial para promover ataques a grupos locales o acciones internas que de otra manera hubiesen sido más difíciles llevar a cabo.

En el caso de Brasil, la idea de la “penetración nazi” sirvió al gobierno de Vargas para nacionalizar a las comunidades de inmigrantes alemanes y de otras nacionalidades que vivían sus propias costumbres. En realidad, ellos poco tenían que ver con la actividad de espionaje nazi que se denunciaba en Brasil, ya que como señala el investigador René E. Gertz, “los espías al servicio de Alemania eran más o menos profesionales y no tenían nada que ver con la tradición inmigrante” (1996: 91. Traducción mía). A pesar de ello, los inmigrantes de las colonias de nacionalidad alemana y japonesa encajaban como “grupo de peligro” en el discurso de la época que era utilizado para favorecer los planes de nacionalización y disciplinamiento social de inmigrantes. Frente a esta utilización por parte

de Vargas del “antifascismo”, entendido sobre todo como espíritu de “defensa nacional”; los opositores al gobierno varguista en Brasil, intentarán resaltar la visión del “antifascismo” entendido como defensa de las libertades públicas, que era una reivindicación usual de todos los grupos antifascistas en el mundo, y que intentaba atacar el flanco más débil del gobierno brasileño. Dentro de esa estrategia, algunos demócratas brasileños, intentarán acercar la imagen de Vargas al fascismo, relacionándolo con otro dictador, que si bien no era “específicamente” fascista, era considerado un aliado decidido de Alemania e Italia, como lo era el gobernante portugués Salazar (Murillo de Carvalho; 1995: 81). Como vemos, la apelación “antifascista” no era unívoca, y su prestigio la hacía centro de fuertes disputas por apropiársela por parte de diferentes grupos.

Todos los países americanos venían integrando a partir de la Guerra, la Comisión interamericana de Neutralidad, órgano que según el presidente brasileño Getulio Vargas, venía “a continuar la obra de congregación vaticinada por el libertador”¹⁷ Bolívar, pero que para algunos antifascistas resultaba ser “un instrumento que, mantenido en su empuñadura (...) por Estados Unidos, está siendo vigorosamente sacudido por los intereses contrarios de aliados y alemanes”¹⁸. Las formas que debía tener el “panamericanismo” comenzaban a tener cada vez más como centro, la predisposición o la enemistad frente a las pretensiones geopolíticas norteamericanas en América. Frente a la caída de Francia a manos de los nazis, los “antifascistas” latinoamericanos dudaban cada vez menos de que el único poder “democrático” que podía hacer frente a Alemania fueran los Estados Unidos. Algunos llegaban a señalar que “la simbólica llave de la Bastilla (...) que abrió cauce a la revolución que proclamó los derechos del Hombre”, estaba “custodiada actualmente por los Estados Unidos”¹⁹. El partido socialista argentino llegaba mucho más allá en la incorporación privilegiada de Estados Unidos en el discurso americanista, tanto que

¹⁷ Hombre de América, fuerte y libre, febrero de 1940, p. 29.

¹⁸ *Idem*, p. 30.

prohibía a los oradores de sus actos “hablar ahora de Latinoamérica, Indoamérica, o Hispanoamérica”²⁰, es decir, tres conceptos que no incluirían a aquel país.

No cabía duda que los Estados Unidos comenzaban a dominar el movimiento de neutralidad americano. Lo muestra claramente el siguiente episodio que detallaremos a continuación y que marca los alcances de la prescripción norteamericana en materia de política exterior de los países latinoamericanos.

El movimiento a favor de los aliados europeos era muy fuerte en América, y a pesar de la neutralidad, nadie desmentía que la mayoría de los gobiernos tenían simpatía por la suerte francesa e inglesa. La Argentina del presidente Ortiz fue la primera que intentó dar un paso a favor de los Aliados, proponiendo a los Estados Unidos en abril de 1940, que sin romper la neutralidad, se considerara calificar como “no beligerantes” a Francia e Inglaterra. La respuesta de Estados Unidos fue negativa, señalando, entre otras razones, la necesidad de “no destruir la unidad interamericana” y señalando la practicidad de una neutralidad que aunque total, beneficiaba, en última instancia, económicamente a los Aliados²¹.

Roosevelt evidenciaba la “simpatía” hacia los aliados y englobaba bajo su palabra a toda América diciendo que:

¹⁹ *La Vanguardia*, 15 de julio de 1940, p. 3.

²⁰ *Idem*, p. 6.

²¹ Con respecto al punto alegado por los norteamericanos sobre que de ser llevada a cabo la propuesta argentina, sería destruida la unanimidad interamericana, debemos resaltar que ese mismo argumento fue usado en sentido contrario, luego de Pearl Harbour, para intentar romper la neutralidad de los gobiernos argentinos de Castillo y del régimen del '43. El otro punto alegado del “beneficio” económico a los Aliados que daba mantener la neutralidad, primero usado por los norteamericanos, será luego defendido por la Argentina para evitar romper relaciones con el Eje. Este argumento contaba con el apoyo del Foreign Office británico que decía: “desde el punto de vista de las Naciones Unidas, que no es el del panamericanismo, [...] el principal servicio que puede prestar Argentina es aumentar su producción de materias esenciales (...). Esto es más importante aun que las ventajas directas que podrían conseguirse de su ruptura” (Rapoport; 1980)

“en forma abrumadora, nosotros como nación, y esto se refiere también a todas las otras naciones americanas, estamos convencidos de que la victoria militar y naval de los dioses de la fuerza y del odio pondría en peligro las instituciones de la democracia del mundo occidental, y que (...) por lo tanto, todas nuestras simpatías están con aquellas naciones que entregan su vida y su sangre contra tales fuerzas”²².

Estas palabras se sumaban a la entonces reciente entrada de la Unión Soviética en el bando aliado, forzada por el ataque de Hitler. A pesar de ello, la neutralidad americana resuelta en la conferencia interamericana de Panamá parecía tan inamovible como siempre y se mantenía a pesar de los intentos de Gran Bretaña de embarcar en la guerra a los Estados Unidos. A ese respecto, Churchill diría: “no hemos recibido de EEUU una ayuda digna de mención” (Iaklovev; 1965: 20). Con todo, la llamada “Carta del Atlántico” firmada por Estados Unidos y Gran Bretaña mostraba que de entrar en guerra, no habría dudas, Estados Unidos lo haría con la intención de lograr “la destrucción completa de la tiranía nazista” (Department of State; 1945: 1). El bombardeo japonés del 7 de diciembre de 1941 a la base naval estadounidense de Pearl Harbour desencadenará el gran paso hacia la guerra y marcará una nueva etapa en el antifascismo latinoamericano. Estados Unidos entraba en la guerra mundial y casi todos los países americanos a partir de la Conferencia Interamericana de Ministros de Relaciones Exteriores, celebrada en Río de Janeiro entre el 15 y el 27 de enero de 1942, rompían relaciones con el Eje. Con esta nueva etapa comenzará un juego de constante presión política y económica sobre las naciones latinoamericanas no alineadas bajo el liderazgo norteamericano.

El antifascismo latinoamericano: instrumento de presión política y económica norteamericana sobre América Latina en la guerra. (Diciembre de 1941- Agosto de 1945)

²² *Argentina Libre*, 13 de junio de 1940, p. 1.

Luego de entrar en la guerra, Estados Unidos buscaría asegurarse la lealtad de las repúblicas americanas. La primera muestra de apoyo debía de ser, para el nuevo Aliado, la unánime declaración de ruptura de relaciones con el Eje por parte de las naciones reunidas en la Conferencia de Río de Janeiro. Esta iniciativa fue un relativo fracaso norteamericano y un triunfo diplomático de Argentina, quien evitó junto con Chile, verse obligada a declarar la ruptura de relaciones con el Eje. La ansiada “unidad interamericana” no podía expresarse más que en una “recomendación” de ruptura de relaciones con el Eje.

A partir de este hecho, comenzará a tejerse una serie de intrigas que tendrá como principales rivales a la Argentina y a los Estados Unidos. En ellas, el antifascismo y la neutralidad operarán como un instrumento de presión entre las naciones, que intentarán expresar con instrumentos del discurso ideológico mundial, otro tipo de pujas más relacionadas con la política americana.

A partir de Río de Janeiro, las prescripciones de Estados Unidos sobre la necesidad de democracias en América Latina para frenar la “penetración nazi” se verá reducida a la obtención de la ruptura con el Eje, sin importar la condición del gobierno que la consiguiera en cada país. Así, los grandes aliados de Norteamérica en la guerra serán México, considerado en ese momento un país democrático y claramente antifascista, que sin embargo, más que por motivos idealistas, veía que “una alianza con los Estados Unidos podía aportar mucho al crecimiento económico y a la solución de problemas urgentes” (Müller; 1995: 99) y el Brasil de Vargas, considerado por muchos “demócratas” latinoamericanos como una “dictadura (...) totalitaria, terrorista y permanente” (Giudici; 1938: 126), que entrará en guerra en agosto de 1942 y llegará a enviar tropas a Italia para apoyar a los aliados, y se beneficiará de la entrega de armas y de la financiación norteamericana en la producción siderúrgica de la planta de Volta Redonda (Mc Cann; 1995).

En gran medida, los regímenes resolvieron la ruptura de relaciones, como era de suponer, más por una cuestión de intereses estratégicos y

materiales que por razones idealistas o humanitarias. Según Carlota Jackish (1997: 86) y volviendo al tema de los refugiados, el único país que tuvo una política de puertas totalmente abiertas a la inmigración antinazi y judía fue la República Dominicana. Otros gobiernos como el de Nicaragua vieron en la ruptura y posterior declaración de guerra, la ventaja de patrimonializar para su presidente, Anastasio Somoza García, las empresas de nacionalidad japonesa y alemana expropiadas (Vilas; 1994: 112).

Argentina se mostrará como el país más reactivo a seguir la política de ruptura de relaciones con el Eje. Obviamente tampoco lo hacía por causas nobles como las que intentaba señalar su presidente Castillo cuando señalaba que gracias a la neutralidad, Argentina se convertía en “actualmente el único país libre de América del Sur” (Ibarguren; 1999: 525). La apuesta argentina era intentar jugar un nuevo rol de peso frente a Estados Unidos y mantener cierta hegemonía sobre los países vecinos. Esto le costará una constante presión en los círculos interamericanos y el no envío de armas de Estados Unidos, que luego intentarán ser conseguidas en Alemania a través de la mediación española. Al conocerse esos intentos, Estados Unidos se pondrá inflexible e impondrá la ruptura de relaciones con el Eje al presidente argentino Ramírez de manera tajante, el 26 de enero de 1944.

En realidad, toda América del Sur resultaba más “incontrolable” para Estados Unidos que su *mare nostrum* centroamericano y caribeño. Esto se puede ver claramente en la declaración de las Naciones Unidas del 1º de enero de 1942, que ratificaba la Carta del Atlántico de 1941. Mientras que todos los países centroamericanos y caribeños habían participado en calidad de signatarios, los países de Sudamérica participaron únicamente en calidad de adherentes, siendo el primer país en adherir, Brasil, que lo haría recién el 8 de febrero de 1943. Países como Ecuador, Perú, Chile, Paraguay, Venezuela y Uruguay, recién adherirían en febrero de 1945, cuando la victoria del Eje estaba asegurada. Argentina esperaría al mes siguiente (Department of State; 1945: 4).

A pesar de la tardanza de todos los países sudamericanos en suscribir ciertas declaraciones, Argentina era la más cuestionada en Estados Unidos. La presión ejercida por este país frente al gobierno militar argentino recrudesció, paradójicamente, luego de que éste declarara la guerra al Eje, el 27 de marzo de 1945. Esto mostraba en parte que había otros intereses en juego además de la guerra. De cualquier modo, la presión estadounidense era juzgada, incluso por muchos latinoamericanos decisivamente alineados con Estados Unidos, como excesiva y contraproducente. Tanto que frente a la publicación por parte del Departamento de Estado de Estados Unidos del “Libro Azul”, aparecido en 1946, en el cual se acusaba al general Perón y a otros jefes militares de connivencia con el nazismo; el embajador de Cuba mencionaría que ese método era como usar una bomba atómica para matar una rata (Gravil; 1995: 83). El mismo Churchill, sin dejar de ratificar la categoría de “fascista” del gobierno argentino, ya había recordado a Estados Unidos el papel económico que la neutralidad argentina jugaba para Inglaterra. Churchill dirá: “la rama argentina del fascismo no nos satisface mucho más que al señor Cordell Hull, pero preferimos el bistec argentino al cerdo norteamericano” (Rapoport; 1980: 289).

Coda de postguerra: los nuevos rumbos de las relaciones interamericanas.

Las presiones norteamericanas de posguerra basadas en la idea de extirpar al fascismo del mundo, realmente tuvieron un efecto contradictorio. En 1946, el general Perón, considerado el candidato “nazi” por Estados Unidos y los “demócratas” argentinos, ganaba las elecciones en el país, apoyado mayormente por el voto obrero. De cualquier manera, los Estados Unidos comenzaban a ver la nueva perspectiva mundial que se abría. Ante la nueva disyuntiva de la guerra fría, Estados Unidos negociaría frente a los soviéticos y soportando el escándalo de su propia prensa y la prensa argentina, todavía insertas en la vieja oposición “fascismo-antifascismo”,

el ingreso de Argentina a las Naciones Unidas. Como se había hecho con España, los antecedentes “nazi” del gobierno de Argentina, fabricados y propagandizados en parte por Estados Unidos, se borraban en nombre del “mundo libre” y de un gobierno que, a pesar de su antinorteamericanismo, estaba más cerca de Estados Unidos que de la Unión Soviética.

Frente al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Bolivia, en cambio, los malos entendidos persistirían, tanto durante la guerra como a partir del nuevo orden mundial que la guerra fría estaba modelando. En 1941, los estadounidenses, a través del conocimiento de una carta apócrifa fabricada por los británicos, comenzarían a ver a los dirigentes del MNR como cercanos a un golpe “nazi”. Luego decidirían no reconocer al gobierno de Villaroel surgido mediante el golpe del 20 de diciembre de 1943, ya que lo consideraban manejado por el MNR y por la dictadura argentina con complicidad de los alemanes. El departamento de Estado norteamericano aseguraba que: “los líderes del MNR han estado conectados con grupos nazis en Alemania y Argentina”. La idea norteamericana de que el golpe boliviano había sido planeado en Argentina era repetida, incluso con graves errores de nombres y lugares por toda la prensa aliadófila americana. Así, el diario “El Siglo” de Chile, órgano del partido Comunista diría que “el coronel Luis (¡sic!) Perón (...) hombre fuerte del régimen militar de La Plata (¡sic!)” era acusado de “ser el instigador del golpe de estado en Bolivia”. La necesidad de seguir combatiendo para el campo aliado hacía olvidar a menudo ciertas precisiones, como que el coronel se llamaba Juan Domingo Perón, y que la sede del gobierno argentino estaba en Buenos Aires.

La situación de desconfianza frente al MNR proseguiría, ya que en 1952, comenzada ya la disputa con los soviéticos, Estados Unidos dejaría los cargos de “nazi” contra el MNR, sólo para canjearlos por los de “comunista”. Indudablemente, ni nazis ni comunistas, los sucesivos moteles del MNR tenían que ver más con las fricciones y malentendidos surgidos de las pujas por el estaño y el petróleo (Blasier; 1972; Figallo; 1996).

Conclusiones

El relevamiento de los diversos usos que del “antifascismo” se han hecho a través de su peregrinación política y discursiva a las tierras del Nuevo Mundo, nos ha servido para dismantelar la versión “épica” que a menudo permanece en nuestra historiografía sobre el antifascismo y que hace aparecer a este movimiento como una suma de voluntades fuertemente unidas y desinteresadas contra un enemigo único. Frente a esta visión, nosotros hemos preferido concebir al antifascismo como un discurso ideológico, que sirve como herramienta de operación política a través de la cual se intenta, por parte de los diferentes grupos que se ven identificados con ella, ubicar al enemigo circunstancial en una posición de “disparo” segura, al identificarlo con la desacreditada figura de “fascista”. El antifascismo permitía formar, para los grupos a los cuales esta apelación resultaba tentadora, una correspondencia entre el grupo al que se enfrentaba temporalmente y ese enemigo de características “eternas” representado en el fascismo, al que se lo modelaba no tal cual era, sino como negativo de la “virtuosidad” que el grupo “antifascista” pretendía encarnar.

En la actualidad, la construcción del “enemigo fascista” como concepto ha ido ampliándose y desdibujándose hasta límites casi irreconocibles. La separación del concepto con respecto a la matriz histórica que lo concibió, lo ha convertido en un adjetivo descalificador más y no en un concepto terminológico útil para analizar u operar sobre la realidad. Esta construcción a nivel mundial, de un “fascismo moral” separado totalmente de sus fuentes empíricas, ha llegado a expresarse de forma paradójica por parte de Leonardo Sciascia, cuando hablando de jóvenes “antifascistas” italianos, decía de ellos que: “no tienen ningún interés en pensar ni en conocer. Estos constituyen una masa que hay que tener en cuenta, porque ellos contribuirán a construir ese fascismo que se llamará antifascismo” (Amendola; 1980: 174). Sciascia lleva la

concepción “moral” del fascismo a sus últimas consecuencias, al mostrarlo como posible “forma” del antifascismo.

La “fascistización” indiscriminada del vocabulario político ha sido ampliada con la “caída” del comunismo, debido a que la apostrofación de fascista ya no viene relacionada siquiera con el riesgo de ser acusado de “comunista” por la parte agredida. Esta dispersión de significados a nivel mundial ha encallado también en Latinoamérica, afectando incluso a una revista cultural argentina de intenciones “progresistas”, como *La Maga*²³, en un plano de acusaciones donde el fascista pareciera ser simplemente, el diferente.

Vemos así que aquella prédica, que comenzó en Latinoamérica como una forma de traducir continentalmente un discurso políticamente tentador, surgido en Europa, como era el del antifascismo, fue transformándose en sucesivas etapas, según variaba el enemigo a combatir. Durante la existencia real de una amenaza de poderío mundial por parte de los Estados nazifascistas europeos, la apelación “antifascista” en Latinoamérica fue creíble y resultó de gran ayuda para los grupos que se presentaban como los defensores de la democracia. Cuando el enemigo internacional fue derrotado en la Segunda Guerra Mundial, se fue volviendo cada vez más difícil poder definir qué representaba el fascismo y por consiguiente, la potencia de la apelación “antifascista” fue quedando desdibujada en una multiplicidad de acusaciones que no tenían una fuente empírica con la cual compararse.

Creemos que este recorrido sobre el uso “latinoamericano” de la apelación “antifascista” durante la época de “guerra civil ideológica mundial”, tal como la define Eric Hobsbawm (1998: 150), puede sernos útil actualmente, para considerar los posibles usos que tienen algunas apelaciones, que aunque anclan su origen en realidades europeas o

²³La acusación proviene desde otra revista cultural: “la V. No va a discutir más con *La Maga*. Uno puede discutir a una revista que, en el fondo, empuja para el carro para el mismo lado. No tiene sentido meterse con una revista que pronto va a representar lo más cercano al fascismo que se puede manifestar hoy en la vida argentina”, *V de Vian*, año VII, n°31, diciembre de 1997, p. 50.

mundiales, poseen cierta flexibilidad para incorporar, durante su recepción local, intereses particulares de cada grupo que las recoge.

Bibliografía

- Améndola, Giorgio (1980) *La lucha antifascista*, Barcelona: Laia.
- Blasier, Cole (1972) "The United States, Germany, and the Bolivian revolutionaries (1941-1946)", *Hispanic American Historical Review*, 52:1.
- Broué, Pierre y Émile Témime (1962) *La revolución y la guerra de España*, México: FCE, tomo II.
- Ciccarelli, Orazio (1990) "Fascism and Politics in Peru during the Benavides regime, 1933-1939: The Italian Perspective", *Hispanic American Historical Review*, 70: 3.
- Department of State of the United States of America (1945) *Hacia la paz*, Washington.
- Droz, Jacques (1985) *Historie de l'antifascisme en Europe, 1923-1939*, Paris: La découverte.
- Figallo, Beatriz (1996) "Bolivia y la Argentina: los conflictos regionales durante la Segunda guerra mundial", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el caribe*, 7:1.
- Gertz, René E. (1996) "Influencia política alemã no Brasil na década de 1930", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el caribe*, 7: 1.
- Giudici, Ernesto (1938) *Hitler conquista América*, Buenos Aires: Acento.
- Goldar, Ernesto (1986) *Los argentinos y la guerra civil española*, Uruguay, Contrapunto.
- Silva Seitenfus, Ricardo (1984) "Ideology and Diplomacy: Italian Fascism and Brasil (1935-1938)", *Hispanic American Historical Review*, 64: 3.
- Gravil, Roger (1995) "El Foreign Office vs el Departamento de Estado, reacciones británicas frente al libro azul", *Ciclos*, 5: 9.
- Hobsbawm, Eric (1998) *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica.

- Iakovlev, N. (1965) *Historia Contemporánea de Estados Unidos*, Buenos Aires: Futuro.
- Ibarguren, Carlos (1999) *La historia que he vivido*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Jackish, Carlota (1997) *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Mariátegui, José Carlos (1986) *Cartas de Italia*, Lima: Amauta.
- Mc Cann, Frank D. (1995) "Brazil and the World War II: The Forgotten Ally. What did you do in the war, Zé Carioca?", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 6: 2.
- Moreau, Clément (1978) *Grafik für den Mitmenschen*, Berlin: Neue Gesellschaft für bildende Kunst und Kunstamt Kreuzberg.
- Moreau de Justo, Alicia, "La libertad no es un don, ni de la providencia, ni de un superhombre; es una conquista permanente", en A.A.V.V. (1938) *El pueblo contra la invasión nazi*, Buenos Aires: Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo en la Argentina.
- Müller, Jürgen (1995) "El NSDAP en México: historia y percepciones, 1931-1940", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 6: 2.
- Murillo de Carvalho, José (1995) *Desarrollo de la ciudadanía en Brasil*, México: FCE.
- Neruda, Pablo (1972) "Batalla del río Jarama", *Obras completas*, Buenos Aires: Losada.
- Newton, Ronald C. (1995) "El fascismo y la colectividad italo-argentina, 1922-1945", *Ciclos*, 5: 9.
- Noble, Julio Argentino (1940) "Neutralidad y Traición", *Argentina Libre*, 1: 2.
- Pardo Sanz, Rosa María (1995) "Antifascismo en América latina: España, Cuba y Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 6: 1.
- Pla, Alberto (1969) *América Latina siglo XX: economía, sociedad y revolución*, Buenos Aires: Carlos Pérez editor.

- Poulantzas, Nicos (1984) *Fascismo y dictadura*, México: Siglo XX.
- Rapoport, Mario (1980) *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas, 1940-1945*, Buenos Aires: editorial de Belgrano.
- Rein, Raanan (1995) “Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina, 1936-1939”, *Ciclos*, 5: 9.
- Rolland, Dennis (1995) “Conflicto y crisis de representaciones: ¿la segunda guerra mundial: ordalías del modelo francés en América latina?”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 6:1.
- Schneider, Luis Mario (1978) *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas*, Barcelona: Laia.
- Senkman, Leonardo (1995) “La Argentina neutral de 1940 ante los refugiados españoles y judíos”, *Ciclos*, 5: 9.
- Tejera, Adolfo (1938) *Penetración Nazi en América Latina*, Montevideo: Nueva América.
- Vilas, Carlos M. (1994) *Mercado, estados y revoluciones. Centroamérica 1950-1990*, México: UNAM.